

# Aquiles Serdán, héroe tutelar

Gloria Villegas Moreno

*La reflexión y el análisis sobre conmemoraciones como la del Bicentenario no dejan de ser siempre pertinentes. Gloria Villegas, directora de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad, recupera la figura de Aquiles Serdán más allá del discurso y la historia oficiales.*

Al año de haber estallado la lucha revolucionaria, cuyo vertiginoso triunfo seis meses después puso fin al régimen presidido por el general Porfirio Díaz, principió la tradición de los rituales conmemorativos dedicados a sus episodios o personajes emblemáticos. Éstos reprodujeron inicialmente el formato configurado a lo largo del siglo XIX para las celebraciones patrióticas, cuya expresión más acabada fueron las “fiestas del Centenario”.

El 24 de noviembre de 1912, apenas cumplido el segundo aniversario del inicio de la lucha revolucionaria, cuando Francisco I. Madero tenía poco más de un año en la presidencia, se llevó a cabo la ceremonia para colocar la primera piedra del monumento “que la Revolución erigía a la memoria de Aquiles Serdán”.

La crítica situación en la que se encontraba entonces el país, ampliamente estudiada por la historiografía durante las últimas décadas, da un particular significado a esa “solemnidad conmemorativa” en la que participaron como oradores Martín Luis Guzmán, el licenciado Luis Cabrera y el presidente Francisco I. Madero, otra razón más de su relevancia.

La “atmósfera de crispación” predominante en México, cuando la “Revolución consagró al primero de sus héroes” no podía sino proyectarse en ese acto donde, al igual que ocurrió en las conmemoraciones decimonó-

nicas, el balance histórico de los acontecimientos quedaba supeditado a los temas políticos del momento.

La erección de una estatua en memoria de Aquiles Serdán fue promovida por el “comité de ex-revolucionarios de 1910”, con el apoyo de Federico González Garza, entonces gobernador del Distrito Federal<sup>1</sup>. El lugar elegido para el monumento fue la plazuela de Villamil, ubicada en la actual calle de Aquiles Serdán, entre las de Francisco Javier Mina y Pensador Mexicano, cerca de la Alameda Central de la capital del país.<sup>2</sup>

Una muchedumbre, apenas contenida por el cordón de la policía, contempló a la distancia la “fiesta patriótica” iniciada cuando el clarín de órdenes anunció el arribo del presidente Francisco I. Madero, acompañado del vicepresidente José María Pino Suárez, algunos secretarios de Estado y los miembros de su Estado Mayor.

<sup>1</sup> Las referencias al acto proceden principalmente de las reseñas publicadas en la prensa. “Se puso la primera piedra para el monumento de Serdán”, *El País*, 25 de noviembre de 1912, p. 1; “Primera piedra del monumento”, *El Imparcial*, 25 de noviembre de 1912, p. 1.

<sup>2</sup> Martín Luis Guzmán a Adolfo Ruiz Cortines, Presidente de la República, 27 de octubre de 1956, Fondo Martín Luis Guzmán, Caja 80, Expediente 16, Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sobre la Educación y la Universidad.

Antes de ocupar su sitio, el presidente saludó a la señorita Carmen Serdán, hermana de Aquiles, y a Filomena del Valle, viuda del prócer, quienes ya se encontraban en el estrado, mientras comisiones de senadores, diputados y miembros de la Suprema Corte de Justicia, así como destacados revolucionarios esperaban el inicio del acto en las gradas.

Los discursos pronunciados en esta ceremonia, más allá de los diferentes estilos y posiciones asumidas por sus autores, hacían honor a la tradición de los rituales patrióticos mexicanos al entrelazar el motivo de la recordación y los temas del presente.

#### LOS DOS HEROÍSMOS

El primero en ocupar la tribuna fue Martín Luis Guzmán, que entonces tenía veinticinco años, quien dio principio a su alocución<sup>3</sup> diciendo que la “solemnidad conmemorativa” de ese momento bien podría realizarse en medio de un silencio religioso, de no ser porque resultaba una inmejorable ocasión para precisar sentimientos y conceptos “de la multitud, vagos e indefinidos todavía, sobre el verdadero papel que correspondió a cada uno de los dos elementos militares que concurrieron en la Revolución de 1910: las tropas revolucionarias y las del Ejército”.

Convertir en monumento la emoción reverente de los ciudadanos hacia el joven héroe poblano “de cuyas manos desfallecidas tomó la República el arma para combatir a la tiranía”, afirmó, sería “una primera expresión del sentimiento nacional imperfecta e incompleta”, mientras otros heroísmos, gloriosos y libertadores, quedarán en el olvido lejos de toda veneración. Si Aquiles Serdán “trae con su muerte heroica la primera y más intensa sacudida en pro de la libertad y de la justicia, los héroes de las tropas federales nos dieron el primer saludable espectáculo de verdadera justicia y verdadera libertad al someterse sin protesta a la ley de su ministerio y a la ley de su honor, si algún día, y así lo esperamos, madura el fruto de la Revolución”.

Asimismo, considerando las características “del político mexicano” y las enseñanzas de nuestra historia, sostuvo que la defeción del ejército federal habría sido funesta para el país, tanto como la prolongación del estado revolucionario, llegando al siguiente punto: “¿Qué régimen saludable hubiera podido nacer del deshonor



Aquiles Serdán y Francisco I. Madero, colección Museo de la Revolución, Torreón, Coahuila

de los unos y de la audacia irreflexiva que en todos hubiera provocado el triunfo fácil y sin sacrificios?”. La conjunción de “dos nobles fuerzas antagónicas” y en la cual las dos se prestigiaban mutuamente “derivó la Revolución de 1910 su carácter excepcionalmente fecundo y lleno de promesas”.

Pasó enseguida a formular la crítica mayor, cuando afirmó que las promesas de la revolución no se habían cumplido y “en buena parte llevan trazas de no cumplirse”, pues hasta ahora “las reivindicaciones nacionales han sido dolorosamente incompletas”. A su juicio, esta situación adversa proseguiría mientras no existiesen las condiciones para que la Revolución de 1910 llevara a cabo la segunda y más importante de sus misiones: la renovación, organización y conservación de nuestras instituciones de todo orden, lo cual sería imposible mientras en torno al gobierno no se agrupasen “hombres de talento y de saber”, como supo hacerlo la dictadura.

Todo lo anterior, le permitía dimensionar el significado del “homenaje a la memoria del heroico Aquiles Serdán y al raro valor de las mujeres que con él pelearon”, cuya presencia en ese acto puso de relieve. Era la expresión primera de un sentimiento popular que trataba de orientarse y cuando llegara a ser más ilustrado y más consciente abarcaría “bajo un haz único de luz y de amor todos esos heroísmos, amigos y enemigos, conocidos e ignorados, en que México fue pródigo a partir del 18 de noviembre de 1910, y a todos levante, impersonal y anónimo, un monumento común donde sólo brille el oro de estas palabras: ‘A los muertos de la Revolución’”.

Aun así, concluyó su discurso Martín Luis Guzmán: “el reposo a la sombra de aquel monumento le estará prohibido al pueblo mexicano mientras los sacrificios de ayer y los duelos de hoy no se conviertan en los beneficios legales de mañana; mientras no gobiernen nuestra vida la justicia y la libertad”.

<sup>3</sup> “Discurso pronunciado por el señor Martín Luis Guzmán el 24 de noviembre de 1912 en la plazuela de Villamil de la capital de la República con motivo de la colocación de la primera piedra del monumento a Aquiles Serdán”, Fondo Martín Luis Guzmán, caja 80, exp. 16, Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Estudios Sobre la Universidad y la Educación.



Francisco I. Madero, ceremonia de colocación de la primera piedra del monumento a Aquiles Serdán, 24 de noviembre de 1912

Acto seguido, el joven Guzmán fue ovacionado pues sus palabras causaron muy buena impresión, según la reseña de la prensa.

#### LA SOMBRA TUTELAR

El segundo orador, Luis Cabrera, abogado poblano de 36 años, una de las grandes figuras del antirreeleccionismo, presidente de la Cámara de Diputados y líder del grupo de los “renovadores” integrado en la misma, gozaba de fama por su incisiva labor periodística ejercida bajo el seudónimo de Blas Urrea pues de su pluma surgieron algunos de los artículos más lúcidos contra el régimen porfirista, inició su discurso recreando el momento de la muerte de Aquiles Serdán:<sup>4</sup>

Se había apagado el fuego de la fusilería; las puertas saltaron de sus goznes, y la jauría de esbirros se precipitó sedienta de venganza en busca del héroe. El hombre quedó sepultado en la cripta donde lo habían acorralado sus perseguidores [...]. De ahí lo vienen a sacar: la historia, para hacerle justicia; y la admiración de sus conciudadanos, para tributarle honores [...] hemos venido a hacer su exhumación. Miradlo. Ahí está. Ha ido surgiendo poco a poco de su tumba, levantándose sobre su pedestal para contaros desde allí, a nosotros y a nuestros hijos, cuál fue su época y cuál fue su hazaña, y para dictar desde allí sus mandatos a las generaciones venideras.

Cabrera trazó magistralmente la figura de Aquiles: frente anchurosa, de incipiente calvicie, faz enjuta de

<sup>4</sup> “Discurso pronunciado por el Lic. Blas Urrea, en la ceremonia de la colocación de la primera piedra de la estatua a Aquiles Serdán, en la plazuela de Villamil, la mañana del 24 de noviembre de 1912”, en Blas Urrea, *Obras políticas*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, pp. 363-364.

asceta; mirada penetrante, pero triste. Una mano sobre el corazón y la diestra “en posición que no acierto a definir: si está tendida en amplio ademán [...] del que despliega a nuestra vista una inmensa perspectiva, o si con el índice apunta al horizonte donde se pierde la ondulosa serpiente del camino, o si tiene el puño crispado en iracundo ademán de maldición. [...] Va a relataros su época”.

Las palabras puestas por Luis Cabrera o Blas Urrea en boca de Aquiles, a las que sus comentarios daban contundencia, transcurrían bajo el argumento de que era inadmisibles la posición de quienes consideraban dictadura al gobierno actual, cuando el régimen porfirista fue la encarnación de la peor tiranía. Pintaba a éste último con los más negros colores y acentuando el contraste entre el antes y el ahora, la “estatua” expresaría ideas, como las siguientes: “Recordad aquellos tiempos y quejaos después de la tiranía del pensamiento que ahora os permite inundar de hojas escandalosas y de libelos injuriosos las ciudades y los campos”; aquella era una dictadura brutal, “no como esta de que os reís ahora, porque no puede dominar la guerra civil que vosotros mismos encendéis con vuestras ambiciones”.

El orador proseguiría con gran vehemencia: el hombre que se arrojó a la empresa de luchar por el derrocamiento de aquella tiranía —régimen fuerte, rico, hábil, omnipotente, despiadado— “o era un paladín de audacia loca digna del nombre de Aquiles, o era un redentor que al ofrecer su vida en holocausto a sus ideales, estaba iluminado por la fe de los verdaderos mártires”. De cualquier modo sostenía Blas Urrea, merece pasar a la historia “con la aureola del martirio y con la inmortalidad de los héroes”. Era, como respondería la estatua si se le preguntase cómo fue capaz de afrontar la muerte con tal heroísmo, el símbolo de los catorce mil mexicanos que murieron por un ideal de libertad, apostillando la afirmación con el argumento que se había venido reiterando: aquella sí era una tiranía —con la actitud serena y fría del que mata invocando la justicia— “no como esta de que nos burlamos ahora porque perdona a sus enemigos y hace justicia a sus ofensores”.

Revivido el recuerdo de la época en que vivió el héroe, cuando convencidos de la magnitud de la obra realizada volvamos los ojos a la estatua —dijo el diputado— la veremos ahí confirmando su sacrificio, con la mano siniestra sobre el corazón. Y la diestra, cuyo ademán señaló Cabrera al inicio de su discurso no alcanzaba a definir, “aparecía ahora con toda claridad pues al desplegar ante nuestra vista lugares y acontecimientos nos dirá lo que queda aún por conquistar y lo que falta por hacer en el campo de nuestra regeneración”. Pero

si desorientados acaso levantamos la vista hacia la estatua de Serdán, ésta enderezará el rígido índice para mostrar-

nos el camino de la ley y de la justicia, que es el único que conduce a la libertad. Mas si extraviados alguna vez nos empeñáramos en querellas sangrientas de hermanos contra hermanos o cayéramos abyectamente en una nueva servidumbre, entonces al levantar los ojos a esa estatua la veremos crispár el puño, en iracundo ademán de maldición: en su frente se formará la arruga de la cólera, en sus ojos brillará el desprecio por nuestra ineptitud, y en sus labios temblará el reproche supremo que los padres dejan caer sobre los hijos, el que el Maestro dejó caer sobre sus discípulos: “Generación infiel y perversa, ¿hasta cuándo tendré que estar con vosotros?”.

El orador fue ovacionado varias veces. En su discurso campearon ideas radicales, comentó *El Imparcial*, mientras *El País* refirió que hizo infinidad de reproches del gobierno anterior.

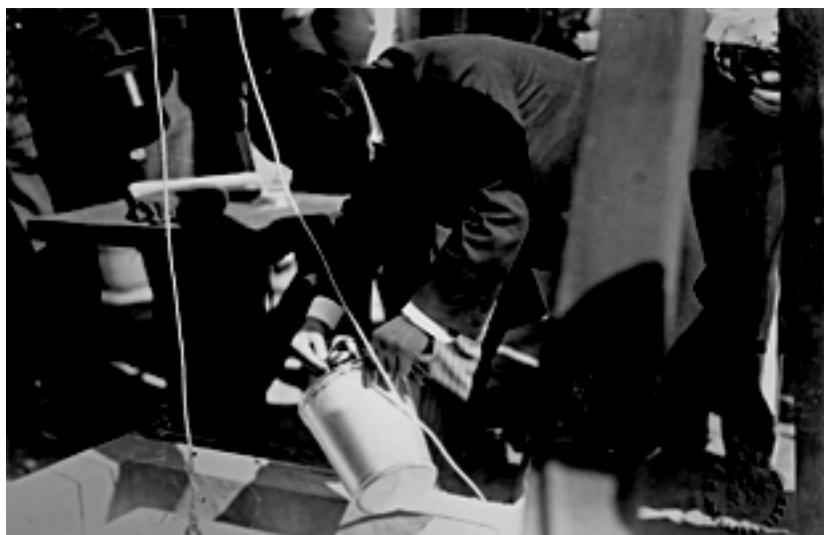
Así concluía Blas Urrea uno de sus discursos más brillantes.

#### LA TERCERA REVOLUCIÓN DE LA HISTORIA MEXICANA

Francisco I. Madero, el último orador del acto,<sup>5</sup> entró inmediatamente en materia: “Voy a poner la primera piedra del monumento que la gratitud nacional va a erigir al primero de los mártires de la Revolución y sin duda a una de sus figuras más gloriosas aprovechando la oportunidad para combatir algunos errores que han llegado a tomar cuerpo de doctrina entre determinados grupos políticos”.

La línea argumental planteada por el presidente giraba en torno a la tesis de que la situación del país obedecía, en buena medida, a que la Revolución de 1910, iniciada por un reducido grupo y secundada por la “gran masa de la Nación” en diversas formas, haciendo posible su triunfo, hasta ahora “no ha sido comprendida”; “aún la República es víctima de la terrible conmoción que originó”.

Pasaba enseguida a mostrar las razones de esa incompreensión. Los que no se identificaron con sus ideales e imaginaron que era una revolución como la mayor parte de las revoluciones de México, al triunfar ésta y percatarse que no recibían la parte del botín que esperaban “se han insurreccionado, ensangrentado de nuevo el suelo patrio, creyendo que era fácil engañar al pueblo para que los secundara”. Y, haciendo una analogía con el Palacio Legislativo en construcción, “en el que los



© Archivo Casavola

observadores superficiales sólo ven un inmenso esqueleto de hierro, sin imaginar que de ahí va a salir una obra hermosísima y grandiosa que muy pronto quedará terminada y está en la mente del arquitecto —dijo— los que sólo contemplan superficialmente la Revolución, ven las heridas que ha recibido el pueblo, ven el esfuerzo que ha consumado; pero no se dan cuenta de la obra grandiosa que se persigue”. Estremecedora comparación pues, como se sabe, ese Palacio nunca concluido como tal, a la postre sería el monumento a la Revolución donde los restos de Madero reposan desde 1960.

Contra lo que muchos le imputaban, en el sentido de que no se había dado cumplimiento al programa de la Revolución, planteaba, a su vez, la siguiente pregunta: “y ¿cuál era ese programa?”, para responder: “No es cierto que la revolución ofreciera repartir las tierras a los proletarios. Yo lo dije desde que triunfó la revolución; le dije al pueblo:

Tu porvenir depende de ti mismo, has conquistado tu libertad, has buen uso de ella; tu bienestar depende de tu esfuerzo, sé económico y quítate tus vicios y de ese modo serás grande”.

En lo tocante a los compromisos contraídos verdaderamente por la Revolución —sufragio efectivo y no reelección— opinaba que el avance era considerable aun cuando no se podría haber hecho más en tan corto tiempo. No quedaba duda, sin embargo, de que el pueblo había aprendido a “hacerse respetar”.

Tocó a continuación un punto esencial: “quienes se mofaban del calificativo de gloriosa que antes se dio a la revolución, cuando la obra iniciada llegue a su cúspide y sea apreciada sin los apasionamientos inevitables de ahora, entonces será considerada como la tercera revolución de principios que ha habido en la República, complemento de las otras dos”. El engarce con otros episodios fundacionales del país, una de las caracterís-

<sup>5</sup> “Discurso de Francisco I. Madero pronunciado el 24 de noviembre de 1912” en la plazuela Villamil de la capital de la República con motivo de la colocación de la primera piedra del monumento a Aquiles Serdán, Fondo Martín Luis Guzmán, caja 80, exp. 16, Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Estudios Sobre la Universidad y la Educación.



Orador y asistentes a la ceremonia en la que la "Revolución" erigía un monumento en memoria de Aquiles Serdán

ticas de las conmemoraciones patrias era planteada por Madero con toda claridad:

La primera, iniciada por Hidalgo, fue para sacudir el yugo español, pero por una maniobra hábil las mismas clases privilegiadas volvieron a adueñarse del poder; entonces, fueron precisas convulsiones constantes de la República y sobre todo la gloriosa Revolución de Ayutla para volver al pueblo sus derechos, mismos que quedaron consignados con caracteres indelebles en nuestra gloriosa Constitución de 1857. Esta conquista había sido arrebatada al pueblo por un dictador audaz y afortunado y ahora se recobraba.

La tarea del futuro, si bien ardua, admitió el presidente, resultaba promisorio, pues el gobierno "emanado del pueblo" estaba comprometido a mejorar la situación de los ciudadanos: "si implantamos las instituciones necesarias para que este pueblo reciba una instrucción más vasta, para que nuestras leyes sean más equitativas y sea más fácil impartir la justicia, y para que su desarrollo económico pueda ser más fácil", entonces, aseguró, "me retiraré del poder satisfecho de haber respondido a las aspiraciones que mis conciudadanos cifraban en mí cuando me honraron elevándome a la primera magistratura de la Nación con su voto casi unánime".

Afrontando las críticas mediante los argumentos citados y otros más que tocó en su discurso, expresó que la estatua que "la gratitud nacional va a elevar al primero de los mártires y al héroe más grande de la revolución de 1910" era, al mismo tiempo, un reconocimiento hacia la obra de la revolución, que es su obra, así como a todos "sus mártires, a todos los que en una forma u otra derramaron su sangre para bien de la patria".

La muerte de Aquiles Serdán, recordó el presidente, causó profunda conmoción en la República. "Yo que

tenía grandes esperanzas en él, también lo lloré amargamente"; "sabía que iba a morir, que se iba a inmolar; él me lo dijo muchas veces; sin embargo, fue gustoso y lleno de entusiasmo a cumplir con su deber"; "lección viva", al igual que muchos más, seguidores de su ejemplo; sacrificio o martirio glorioso, cuya sangre hizo vacilar a la dictadura y logró por fin libertar a la Patria.

Concluido su discurso, Madero llevó a cabo la colocación de la primera piedra, debajo de la cual estaba ya una "caja" que contenía "un programa de la fiesta con la invitación respectiva", una colección de periódicos del día, un ejemplar de cada una de las monedas de curso legal y el acta que suscribieron los invitados de honor y numeroso público. Y, según lo consignó Luis Cabrera años después, quedó en esa "caja" su propio discurso, firmado con el seudónimo Blas Urrea.

Cubeta y cuchara de plata en mano, ambas con la inscripción alusiva, el presidente esparció la mezcla en el sitio donde se empotró el bloque de granito, del que desplantaría la estatua proyectada que, hasta donde se sabe, nunca fue inaugurada por quienes la auspiciaron. Casi medio siglo después en la antigua plaza de Villamil, donde se planeó originalmente, fue edificado un monumento a Aquiles Serdán, en el marco de las conmemoraciones del cincuentenario del inicio de la Revolución.

#### LA SOMBRA EN PERSPECTIVA

Los destinos de los oradores que dieron lustre al acto con los discursos aquí abordados, fueron muy diversos; sin embargo, los comentarios que dos de ellos hicieron con posterioridad acerca del mismo, resultan de interés. Luis Cabrera, quien sería uno de los más severos críticos del régimen maderista, cuyo derrumbamiento auguró en la Cámara un mes antes de su asesinato si no cambiaba su gabinete, poco después se convertiría en una figura capital del movimiento constitucionalista y ocuparía una secretaría de Estado durante el gobierno constitucional de Venustiano Carranza. A mediados de 1920, recién asesinado éste último, Cabrera recordó que su participación en el acto aquí comentado tuvo el propósito de "hacer un llamado vigoroso a la opinión pública revolucionaria sobre la situación"<sup>6</sup>; recordaría además, que el último pasaje de su discurso fue "de una verdad tristemente profética, sobre todo después de los asesinatos de Madero y Pino Suárez, en 1913 y de Carranza en 1920".<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Blas Urrea [Luis Cabrera], *Obras Políticas* [1921], México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, p. 351.

<sup>7</sup> Cabrera, *Op. Cit.*, p. 365n.

A su vez, varias décadas más tarde, Martín Luis Guzmán, quien se sumaría al villismo y llegaría a convertirse en uno de los más extraordinarios escritores de su época, expresó: “pronuncié aquellas palabras pensando en mi padre, y todavía llorando su muerte, expuse la tesis de que también habían sido héroes los militares pundonorosos que en 1910 se mantuvieron leales a los poderes constituidos y dieron la vida para cumplir el deber que les incumbía como soldados”.<sup>8</sup>

Del discurso de Madero, diría el mismo Guzmán en 1956, cuando, luego de una conversación con el presidente Ruiz Cortines, acopió las piezas oratorias aquí comentadas, “resulta importantísimo —más importante quizás de lo que entonces fue— pues contiene afirmaciones que arrojan no poca luz sobre la génesis y desarrollo de los propósitos revolucionarios y hace una pintura dramática de la hora política de entonces (tres meses antes del Cuartelazo de la Ciudadela), conforme la veía, sentía y expresaba aquel hombre tan ingenuo como admirable”.

No se conoce comentario directo de Madero respecto de su propio discurso, lo cual resulta comprensible dado el corto tiempo que tuvo de vida.

Ya fuese para reconocer el heroísmo de los ejércitos revolucionario y federal, como punto de partida para la concordia o a fin de colocar, en la perspectiva del antiguo régimen, el presidido por Madero apenas iniciado, o con el propósito de explicar el significado de la revolución, los tres oradores, incluido el presidente, sabían que aún faltaba mucho por hacer. Y en ese espíritu, Aquiles Serdán —sombra, puño o inspiración, conforme a las metáforas de los discursos aludidos— quedaba acreditado como una figura tutelar, porque desafió a la dictadura porfirista enfrentándose al poder de la opresión con la fuerza de los principios.

Sin embargo, a pesar de la enjundia de quienes “concelebraron” el ritual en honor del héroe poblano, su imagen pronto se desdibujaría avasallada por otros personajes emblemáticos de la guerra civil —para algunos la revolución verdadera— desencadenada con el levantamiento del ejército federal. Además, poco ayudaron a la pervivencia de su figura como símbolo inspirador y escrutador del rumbo de la Revolución, las construcciones retóricas de los promotores de su “paso a la inmortalidad”, al dejar de lado la importante labor política del comerciante poblano comprometido a fondo con el antirreeleccionismo desde sus primeros momentos. Además, los oradores, salvo Martín

Luis Guzmán cuando se refirió a las excelsas mujeres ahí presentes quienes ilustraron para siempre sus “nombres patricios” en aquella epopeya, acentuaron los “rasgos solitarios” del héroe, omitiendo el trabajo realizado por sus correligionarios.

La persistencia del componente político en los rituales conmemorativos, uno de cuyos primeros ejemplos se encuentra en la consagración heroica de Aquiles Serdán y que se mantuvo, tanto en los tiempos de la guerra civil como en los de la “revolución institucionalizada”, dio lugar a profundas reflexiones en los ámbitos académicos. Así, Edmundo O’Gorman, al analizar las transformaciones de la imagen de Miguel Hidalgo hacia mediados de los años sesenta decía: ¿no sería ya tiempo de rescatarlo de sus estatuas y de quitarle las botas de campaña?<sup>9</sup>

Los estudios especializados sobre nuestra historia, obra de investigadores mexicanos y extranjeros, han liberado paulatinamente los episodios del pasado de la retórica política. El mismo O’Gorman percibió con gran lucidez el significado de las conmemoraciones y participó en ellas con su luminoso pensamiento. A propósito del centenario de la Revolución de Ayutla, invitaba a que, sin prejuizar, se descubriera el significado de ese acontecimiento en lugar de aceptar “sin discriminación la santificación oficial”. El historiador, proseguía el gran maestro, se “rehusa a convertir en dogma la sentencia de sus predecesores, por más que le inclinen el corazón”. El centenario que ahora se cumple —se refería al de Ayutla, pero sus palabras podrían aplicarse a cualquier otro— debía ser una especie de “examen de conciencia histórico, siempre la mejor celebración posible. Porque la historia como el catecismo nos conmina a confesarnos por lo menos una vez en cada siglo”. Invitaba, en consecuencia, a poner en saludable entredicho provisional “nuestro entusiasmo conmemorativo, y volviendo la mirada con una cierta ingenuidad hacia los acontecimientos mexicanos de hace cien años, preguntémosnos sobre la intimidad de su razón de ser, la intimidad, en última instancia, de nuestro ser nacional”.<sup>10</sup> Postura congruente con otra de sus lúcidas ideas: conmemorar es recordar en común, en unión de otros, acto de naturaleza colectiva iluminado por la profundidad de la reflexión, que nace del conocimiento, desde el presente, para mirar hacia el pasado y el porvenir. **U**

<sup>9</sup> Edmundo O’Gorman, “Hidalgo en la Historia”, Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia, Memorias de la Academia, vol. XXIII, núm. 3, México, julio-septiembre de 1964, p. 239.

<sup>10</sup> Edmundo O’Gorman, “Precedentes y sentido de la Revolución de Ayutla” en *Seis Estudios Históricos de Tema Mexicano*, México, Biblioteca de la Universidad Veracruzana, 1960, p. 102.

<sup>8</sup> Martín Luis Guzmán a Adolfo Ruiz Cortines, Presidente de la República, 27 de octubre de 1956, Fondo Martín Luis Guzmán, caja 80, exp. 16, Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Estudios Sobre la Universidad y la Educación.